

Estamos avisados

Con Pedro Sánchez se va creando una imagen del líder en la que la legitimidad democrática racional termina absorbida por lo carismático

Javier Zarzalejos

Miércoles, 8 mayo

Pedro Sánchez puede ser osado, temerario, sorprendente, pero no es original. Toda la grotesca escenificación seguida desde que hizo pública su *carta-trampa* con la melodía de fondo de su victimización impostada responde a un guion que otros han escrito y han interpretado mucho antes que él, con éxito político desigual, pero **desenlace siempre ruinoso para los países que los han padecido**.

Explicaba Ernesto Laclau que el populismo, más que un contenido ideológico, es la construcción de un discurso político. Por eso, continuaba Laclau, "entre el populismo de izquierda y el de derecha existe una nebulosa tierra de nadie que puede ser cruzada -y ha sido cruzada- en muchas direcciones". La definición del profeta del populismo es especialmente útil porque despoja a los populistas de sus coartadas ideológicas, ya sean estas las del progresismo o las del conservadurismo, y **lo que queda expuesto es ese discurso político divisivo y polarizador** común a todos los oficiantes de la fe populista.

Si se pudiera hacer una cata a ciegas, **los discursos de Trump, Kirchner y Sánchez resultarían intercambiables**. Difieren, claro está, en sus estilos personales, aunque compartan ese fondo histriónico propio de los políticos sobreactuados. Pero los ingredientes son los mismos y el guiso final es amenazadoramente similar.

Todo se genera a partir de la radical y absoluta personalización del poder. Su primera víctima son las organizaciones políticas a las que el líder populista somete y engulle como meras plataformas de proyección personal. El Partido Republicano, el partido de Lincoln, es una organización política irreconocible mientras el Partido Socialista Obrero Español ha degenerado en una Peña Sanchista. Se va creando una imagen del líder en la que **la legitimidad democrática racional termina absorbida por lo carismático**. El resultado es que el líder no es que sea democrático, es que él mismo es la democracia. Esta equiparación quedó perfectamente verbalizada en el sonrojante desparrame de la calle Ferraz: si Sánchez dimitía, sería una derrota de la democracia; como Sánchez sigue, la democracia ha ganado. Además de ridículo, peligroso.

Un liderazgo carismático -que las urnas deben limitarse a reconocer- debe prescindir cuanto pueda de instituciones mediadoras para dirigirse a "la gente". Trump ha llegado a crear su red social y desprecia a los medios tradicionales porque no los necesita para llegar al pueblo americano. Sánchez publica en X, antes Twitter, su "carta a la ciudadanía", unos folios sin membrete, ni identidad institucional alguna, plasmando esa confusión entre la dimensión pública de un dirigente político y su vida privada. Da igual. Una reflexión sobre sus afectos heridos termina con una arremetida contra la oposición, los medios y los jueces, envuelta en el bulo fundacional del sanchismo que atribuye al PP **la negación de su legitimidad** como presidente del Gobierno.

Nuestros dos personajes de referencia, Trump y Kirchner, tienen fijación por los jueces, como todo populista que se precie. Trump se presenta como víctima del *lawfare* de los progres americanos. Kirchner movilizó a sus seguidores cuando el Tribunal Supremo acreditó su responsabilidad en la mayor causa por corrupción instruida en Argentina. Sánchez, que siempre ha apuntado maneras, **ha heredado de Podemos la hostilidad contra los jueces independientes**. Le acompañan los secesionistas que calumnian a los jueces en el Congreso ante un Sánchez en el banco azul complaciente por impasible. Le acompaña Sumar, urgentemente necesitada de revivir causas extremistas que distraigan a la audiencia del persistente fracaso electoral al que se ha abonado Yolanda Díaz.

Liderazgos como estos no pueden quedar atados por engorrosos procedimientos institucionales. Por eso el decreto-ley ha sustituido al procedimiento legislativo ordinario como principal fuente normativa; la proposición de ley se utiliza en fraude político para evitar la intervención preceptiva de los órganos consultivos; los estados de alarma por la pandemia incurrieron en inconstitucionalidad entre otros motivos por suprimir el control parlamentario. Ahora vuelve la amenaza de **rebajar la mayoría necesaria para nombrar a los vocales del Consejo General del Poder Judicial**, de modo que el PSOE, con sus disfuncionales socios de la extrema izquierda y el secesionismo, puedan por sí y ante sí copar el gobierno de la Judicatura, porque la oposición, siempre prescindible para el líder populista, bloquea y entorpece.

La sentimentalización es un aliño necesario en la exhibición de todo líder populista. Acumula el poder y lo usa sin recato, pero es víctima; enfervoriza y se exhibe, pero pide que sintamos pena por sus sufrimientos. A Maduro se le aparecía Hugo Chávez transfigurado en un pajarito que se le posaba para acompañarle. De Sánchez hemos descubierto que es un hombre enamorado, lo cual es algo que nos interesa limitadamente, aunque puede ocurrir que otros entiendan que la vida privada del presidente del Gobierno ha dejado de serlo porque él mismo ha abierto la puerta de su intimidad. Sánchez ha querido aparecer humano para que nadie piense de él que es un político dominado por la pulsión del poder a cualquier precio, por más que cinco días después de la carta anunciara que sigue y que está dispuesto a ser candidato una y otra vez, todo un testimonio de desapego. Que **el gran depredador de la política española** -y ha habido unos cuantos- se proyecte como un hombre de sentimentalidad abrumada,

dolorido y hastiado es un espectáculo tan inauténtico que no logra hacer creíble ese tono de confianza, como de locutor de programa de radio de madrugada, en el que Sánchez se ha instalado.

Quiere aparecer como un gobernante indefenso, sin medios de comunicación que lo amparen. La escenificación coordinada de la comparecencia en Moncloa sin periodistas ni preguntas, el sondeo del CIS y media entrevista en Televisión Española -media porque sólo Marta Carazo mostró la autoestima como profesional del periodismo que otros han perdido- fue un despliegue que acreditaba la falacia epistolar de Sánchez y desmentía, si es que fuera necesario, su pretendida impotencia ante los bulos y la desinformación. No hay tal. Es más, si algo sorprende es que **muchos periodistas se han unido al gran bulo sanchista** del fango, y desde sus columnas y tertulias piden que se expediente a jueces, que se intervengan medios y que, en suma, sea el Gobierno el que actúe para garantizar que la prensa hace lo que tiene que hacer. Es decir: lo que no incomode al conglomerado gubernamental. Como dicen los ingleses, los pavos votando por la Navidad y, encima, Victoria Prego nos ha dejado.

La exposición, el nudo y el próximo desenlace de esta pantomima populista los conocemos porque todo está escrito y teorizado. Pero Sánchez debería pensarlo dos veces antes de insistir en la jugada. Ha hecho un profundo ridículo ante Europa por una actuación sin precedentes, con un discurso ajeno a la teoría y a la práctica democrática. Su cansina y pretenciosa autodesignación como dique continental frente a todos los que no le dan la razón quedó retratada en la sesión del Parlamento Europeo en Estrasburgo en la que arremetió contra el Partido Popular Europeo: no se le ocurrió otra cosa que evocar el nazismo. **Europa existe, y el principio de que no cabe retroceso en el Estado de derecho es absoluto.** Y, sobre todo, no debería confundir la adhesión de un partido en estupor arrastrado por él al borde del abismo con el apoyo de la sociedad española de la que Sánchez se ha burlado.